

De cómo no conocí a Garibay

Guillermo Vega Zaragoza

Prolífico, exigente, impetuoso, entregado por entero a la escritura, profundamente perspicaz en su conocimiento de la vileza humana y maestro innegable de los fulgores de la prosa literaria, Ricardo Garibay murió hace quince años, en mayo de 1999, sin haber recibido los reconocimientos que su obra deslumbrante debió haberle asegurado, como recuerda uno de sus más fieles lectores.

I. “NOS VA A DAR A TODOS Y A CADA UNO DE NOSOTROS EN NUESTRA SANTÍSIMA MADRE”

La primera noticia que tuve de la existencia de alguien llamado Ricardo Garibay fue en la novela *Los periodistas*, de Vicente Leñero, donde aparece como uno de los participantes de esa tragicomedia del periodismo nacional que Rius bautizó como “el pinochetazo a *Excelsior*”. Ahí se presenta a un Garibay muy cercano a Julio Scherer, aguerrido colaborador pero también especie de *double agent*, que iba y venía de las pláticas que sostenía con Fausto Zapata, entonces secretario de la Presidencia, para poner al tanto a sus colegas de los resquemores que causaba en el ánimo de Luis Echeverría la constante crítica a su política desde las páginas del periódico.

Leñero cuenta cuando Garibay convocó a la plana principal de *Proceso*, revista que planeaban lanzar antes de que terminara el sexenio echeverrista, para comunicarles el recado que Zapata acababa de decirle:

En un privado celosamente custodiado por los célebres guaruras del funcionario, Zapata y Garibay conversaron durante dos horas y pico sobre el único tema digno de conversar. El hecho es que Zapata está literalmente colérico contra todo el grupo de Julio Scherer al que manda a decir por conducto de Garibay que nos va a dar a todos y a cada uno de nosotros en nuestra santísima madre. Así mandó decir Fausto Zapata: en nuestra reverenda madre nos va a dar, y al decirlo citó al pinche güerito ése tartamudo (creo que se refiere a Samuel del Villar) que soliviantó a Alan (Riding, corresponsal del *New York Times*) y Marlise (Simons, del *Washington Post*) para que insultaran al presidente en los diarios gringos. Habló asimismo de partirle la madre al barbudo intelectual del grupo (Miguel Ángel Granados Chapa) y llegó hasta la madre del propio don Quijote (el mismo Leñero) sin olvidar por supuesto a la madre de Julio. Partidera general de madres va a haber si continuamos creyendo que podemos insultar así como así al presidente de la República.

(¡Qué tiempos aquellos!, ¿verdad?, cuando lo que escribían los periodistas hacía enojar al presidente en turno. No cabe duda de que hemos avanzado como país democrático).

Cuando leí *Los periodistas* apenas iniciaba yo la carrera de Periodismo y Comunicación Colectiva en la UNAM y andaba obsesionado con lo del “nuevo periodismo” norteamericano. Ya se sabe: Tom Wolfe, Norman Mailer, Truman Capote, Hunter S. Thompson. En ese entonces también participaba en el taller de periodismo cultural que impartía Huberto Batis en el Museo Carrillo Gil. Un día, platicando entusiastamente sobre el tema, el buen Huberto nos dijo, con la delicadeza que siempre le ha caracterizado, que “no nos anduviéramos con mamadas”, que eso de nuevo no tenía nada y que ya se hacía en México desde el siglo XIX. Nos recomendó que leyéramos *A ustedes les consta*, la antología de crónica en México compilada por Carlos Monsiváis. Ahí volvió a aparecer el dichoso Garibay, con un fragmento de *Las glorias del Gran Púas*, al que Monsi se refiere como “texto magistral a través de cuyo diálogo cruel e impiadoso, Garibay describe un mundo donde la marginalidad es, reiterativamente, ronda de expulsiones y en donde la complacencia en el insulto hace las veces de ternura y punto de vista”. Ya desde entonces se destacaba la aptitud de Garibay “para reproducir de modo esencial las variedades del habla mexicana con exactitud que incluye y rebasa lo textual”.

Con la generosidad que siempre lo ha distinguido, Batis publicaba en la sección de Ciudad del *unomásuno*

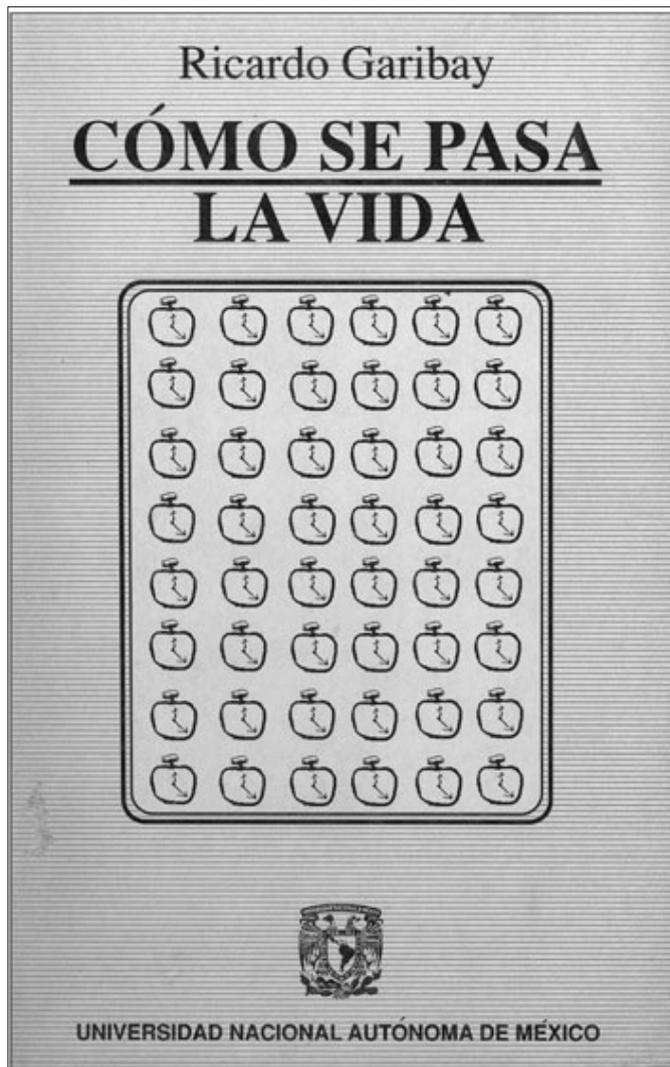
los remedos de crónicas urbanas que perpetrábamos los miembros del taller, donde nos codeábamos un día sí y otro igual con verdaderos periodistas y escritores que frecuentaban y dominaban el género: Ignacio Trejo Fuentes, Humberto Ríos Navarrete, Amílcar Salazar, Arturo Trejo Villafuerte, Josefina Estrada, Roberto Vallarino, José Francisco Conde Ortega. Nos decía Batis: “Dentro de 50 o 100 años, cuando los historiadores quieran saber cómo se hablaba y se vivía en la Ciudad de México no lo van a encontrar en las notas informativas sino en sus crónicas”. Por eso nos pedía que pusiéramos mucha atención al habla popular y que tratáramos de reflejarla en nuestros escritos. A veces lo lográbamos, otras no, pero siempre lo intentábamos. Desde entonces, la lectura de las crónicas de Garibay me aportó elementos para tratar de mejorar las mías: siempre un recurso novedoso, una expresión afortunada, un guiño juguetón, la precisión y siempre el estilo, siempre.

Por esa época, mi hermano Jorge, que trabajaba entonces en la biblioteca de la UAM Azcapotzalco, me regaló unos libritos con transcripciones de conferencias que habían impartido en esa institución algunos escritores, como Juan José Arreola, Edmundo Valadés, María Luisa Mendoza, Elena Poniatowska, José Agustín y... Ricardo Garibay. Estas charlas las organizaba el maestro Héctor Anaya, quien luego las editaba con sumo cuidado. *Confrontaciones: El Creador Frente al Público* se llamaron el ciclo y la colección de libros. La participación de Garibay fue especial porque no se aventó ningún rollo inicial sino que de inmediato se puso a res-



© Rogelio Cudillor

Ricardo Garibay



ponder las preguntas del público. Una mujer le pidió un consejo “casi como receta de cocina” para hablar bien. Luego de regañarla por plantear su pregunta con tantos rodeos, Garibay le recomendó: “Lo he dicho muchas veces: tome la *Iliada* todos los días y lea una página en voz alta, una, no se va a tardar más de cinco minutos. Todo lo que se le pide a la juventud mexicana es que invierta cinco minutos diarios en leer una página de la *Iliada* en voz alta. A los quince días de estarlo haciendo, usted misma no reconoce su voz, no reconoce su vocabulario. ¡Hágalo!, cinco minutos diarios en voz alta. ¡Ya!”. Y así por el estilo toda la charla: implacable, poco dispuesto a condescender con la estupidez, la zafiedad, la estulticia. ¡Qué tipo tan arrogante, pero también tan genial!

Por esas fechas, debo de haberlo visto también en la televisión, en sus famosas charlas, ataviado con sus vistosas batas y fumando un cigarro tras otro. Recuerdo mucho una ocasión en que dejó de hablar un largo rato porque en el estudio de junto alguien estaba dando martillazos. Un minuto o dos, hasta que cesó el ruido. Entonces siguió, como si nada hubiera sucedido. Lo sorprendente es que se trataba de un programa grabado y ¡no lo editaron, lo dejaron tal cual! Ver hablar en perso-

na a Garibay me provocaba emociones encontradas. Me resultaba admirable su pasión, su sabiduría, pero al mismo tiempo rehuía su arrogancia, su actitud tan “me-vale-madre-lo-que-piensen-yo-digo-lo-que-me-da-mi-rechingada-gana-porque-para-eso-soy-Ricardo-Garibay-el-escritor”. Quizá porque me recordaba demasiado a mi propio padre, al que amo más que a nadie en el mundo, pero que por momentos podía llegar a aborrecer profundamente.

II. “TODO ESCRITOR ES UN HOMBRE PROFUNDAMENTE INMORAL”

También en esa época empecé a colaborar con reseñas literarias en el suplemento “sábado” del *unomásuno*, el cual leía religiosamente de cabo a rabo. Un día apareció una larga entrevista con Garibay firmada por Josefina Estrada, a quien entonces sólo conocía por sus crónicas y cuentos. Lo dicho por Garibay me impresionó tanto que copié párrafos completos en mi cuaderno y cada cierto tiempo los releo para darme valor cuando me entran dudas acerca de la vocación que decidí seguir.

Son cosas como esta: “Todo escritor es un hombre profundamente inmoral. Es el hombre que traiciona todos los principios, todas las convicciones... Un escritor es básicamente un descastado, un hombre sin clase y sin compromisos. Si conoce a un escritor honesto es que debe ser muy joven y entonces le falta a usted y a él vivir un poco más”. Una más: “Cualquier idea, grande, chica, elemental o muy elaborada es veneno para la literatura. La literatura se hace con emociones, con intuiciones, con dolores; con felicidades o alegrías es muy difícil. La literatura es el pantano, es el vicio. Maurice de Mauriac decía: ‘Amigo mío, si te interesa la virtud, olvídate de la literatura. Si te interesa algo que no sea el cochambre de la vida, la porquería de la existencia, olvídate de la literatura’”.

Para entonces yo ya había leído gran parte de la obra de Garibay, la que había podido conseguir en librerías de viejo, porque muchos de sus libros no tuvieron la fortuna de la segunda edición. Eso sí, ya había tenido oportunidad de adentrarme en tres de sus obras fundamentales: *Par de reyes*, *Beber un cáliz* y *La casa que arde de noche*. También por esa época se estrenó la película basada en la novela, estelarizada ni más ni menos que por Sonia Infante y Salvador Pineda, y que incluye una de las escenas más grotescas de la cinematografía universal, con ambos actores desparramando sus carnosidades desnudas por el candente desierto.

Sin embargo, es *Triste domingo* la que me parece su obra más lograda en términos estrictamente novelísticos, y donde se realizan plenamente todas sus virtudes como narrador. Ya sé: en esto Garibay no estaría de acuer-

do. Consideraba entre sus mejores páginas a *Par de reyes* y *Fiera infancia y otros años*. Afortunadamente, ya no está aquí para contradecirme.

Recuerdo haber leído *Triste domingo* en un par de sesiones de café y cigarrillos en un Sanborns, enfrascado en los vericuetos del triángulo amoroso de Alejandra, Fabián y Salazar; de la bella mujer enamorada de la candidez y la fuerza sexual del incipiente aspirante a escritor, pero fascinada al mismo tiempo por la sabiduría y la capacidad de goce del hombre maduro. “Los personajes trascendían la mera ficción literaria, vivían, eran reales; se podía oler su perfume, tocar su piel, escuchar su voz a través del papel; padecer su angustia y gozar su dicha; se había hecho el milagro de la literatura: ahí estaba la vida a partir del conjuro de las palabras”, recuerdo haber escrito entonces en la primera de las muchas notas que le dedicaría a la obra de Garibay.

En los últimos años de su vida, los libros de Garibay se fueron sucediendo uno tras otro, reediciones de obras y recopilaciones de artículos, y sobre todo la segunda parte de sus memorias: *Cómo se gana la vida*, donde al final cuenta cómo el presidente Gustavo Díaz Ordaz, por gestiones de Norberto Aguirre Palancares, le daba una mensualidad que le permitía leer y escribir sin angustias pecuniarias. La explicación de Garibay no podía ser más característica de él: “El dinero es de la nación, no de Díaz Ordaz, y él es el jefe de Estado, es mi deudor, de algún modo. Estamos ante un acto personal y generoso hacia mí, hacia mi trabajo. Y yo lo agradezco y punto. Me pongo a vivir sin congoja. Y lo cuento para cumplir el itinerario tragicómico del escritor para ganarse la vida en nuestro país. Y si uno trabaja de veras, con eso paga el favor”.

Sucedió que Garibay murió apenas un par de meses después de otro escritor entrañable para mí: Jaime Sabines. Sucede que nunca había llorado por la muerte de alguien que no fuera mi familiar o amigo, con excepción del deceso de estos dos escritores. A Sabines lo entrevisté un año exacto antes de que falleciera. Con Garibay nunca me atreví. Ya estaba enterado de que cobraba las entrevistas y que las interrumpía intempestivamente si no le gustaban las preguntas. La verdad es que no sé si me hubiera gustado que fuéramos amigos. Me daba cuenta de que él tenía un concepto de la amistad muy diferente al mío. Él exigía la misma dedicación que otorgaba, y si el otro fallaba no quería volver a saber de él. Yo no. No espero nada de mis amigos, así que cualquier cosa que quieran ofrecerme para mí es ganancia.

Pero lo que sí fue, sigue siendo y siempre lo será, es uno de mis más entrañables maestros en el arte de la vida y las palabras. A través de sus libros y sus declaraciones, pero sobre todo a través de sus acciones y su actitud, nos ha enseñado que en la vida hay que ser congruentes; a lo mejor no en todo se puede serlo, él mismo no

lo sería, pero sí lo fue en algo fundamental: en su literatura, que era lo que verdaderamente deseaba hacer; la función que estaba llamado a cumplir en este mundo. Él lo resumía así: “No sirve uno para un carajo más que para contar palabras”.

Pero mientras que a Sabines se le rindieron múltiples homenajes por todos lados, a Garibay se le escamoteó el reconocimiento. Apenas ahora se está ubicando su obra en su justa dimensión, toda vez que ha desaparecido físicamente y ya no causan tanto escozor sus actitudes y desplantes. No obstante, pervive esta tendencia al ninguneo que siempre lo persiguió. Hace casi diez años propuse la impartición de un curso introductorio a la obra de Garibay en una universidad privada, aprovechando que se habían publicado recién sus *Obras reunidas*. Lo hice entusiasmado porque al curso anterior, dedicado al escritor norteamericano Charles Bukowski (hermanado, por cierto y aunque parezca increíble, con Garibay en muchos aspectos), le habían dado muy buena promoción en los periódicos y la respuesta de la gente había sido inesperada: se inscribieron 57 personas, algo insólito para un escritor de los llamados *underground*. Esperábamos algo similar con Garibay, mucho más cercano a nuestra idiosincrasia. Pero no, apenas aparecieron un par de anuncios en las secciones culturales y sólo se inscribieron cinco personas a pesar de que no tenía ningún costo. El curso se tuvo que cancelar. Por eso es de celebrarse que se continúe con la difusión de su obra.

III. POR LA OBRA SERÁ UNO SALVADO

Y POR LA OBRA HABREMOS DE SER CONDENADOS

Hace casi 50 años, el 8 de julio de 1965, Ricardo Garibay estuvo en la Sala Manuel M. Ponce del Palacio de Bellas Artes en el ciclo Los Escritores Frente al Público, organizado por Antonio Acevedo Escobedo, como parte de una primera tanda donde desfilaron también otros 20 autores, tales como Juan Rulfo, Juan José Arreola, Luis Spota, Rosario Castellanos, Inés Arredondo, Carlos Fuentes, Juan García Ponce, Juan Vicente Melo, Vicente Leñero, José de la Colina, Beatriz Espejo, Carlos Monsiváis, José Emilio Pacheco, José Revueltas, Edmundo Valadés, Jorge Ibargüengoitia, Salvador Elizondo, Tomás Mojarro y Gustavo Sainz, entre otros. (Por cierto esas conferencias han sido reeditadas hace poco por Editorial Ficticia, el INBA y la Universidad Autónoma de Nuevo León).

A pesar de que —como ha recordado Vicente Leñero— era “un festín oír hablar a Garibay. Juego de luces la brillantez de su palabra, cálido gesto y el ademán preciso”, su conferencia no colmó el recinto; no fue “el ágape tumultuario” que un mes después convocaría Carlos Fuentes ahí mismo, porque Ricardo Garibay “nun-

ca llegó a ser lo que quería y debió ser por derecho propio: un escritor reconocido arrolladoramente, premiado y aplaudido por un público unánime, en punta de los que conforman su generación y de los que vinieron después y no alcanzaron a forjar un estilo tan propio, una prosa de cadencias bravas, un amor tan perfecto al oleaje feliz de las palabras”, como lo definió Leñero.

El periodista José Luis Martínez S. en *Milenio Diario* recuerda una entrevista que le hizo a Garibay donde, temerariamente, le preguntó “¿Por qué nadie lo quiere?”. Y en lugar de una bofetada, un gancho al hígado, quizás una mentada, Garibay “cerró los ojos, apretó la poderosa mandíbula y luego, con inusitada humildad, dijo con calma: ‘Porque he sido soberbio, grosero, porque la amistad es muy frágil y no la he sabido cuidar’”.

Ya se ha dicho: nunca, nadie, en la historia de la literatura mexicana, escribió tanto y tan bien como él, y nunca una obra ha sido tan ninguneada por la cultura oficial, los cenáculos culturales y los estudios académicos como la suya. Todo se debió a su peculiar forma de ser: altiva y pendenciera, intolerante ante la mediocridad y de fúrica reacción ante las actitudes genuflexivas.

Por eso —otra vez Leñero— “los grupúsculos mafiosos de la cultura le regatearon el sitio que merecía, contra sus contemporáneos novelistas a quien él deturpaba voz en cuello, contra los regidores de la intelectualidad que nunca lo llamaron al Colegio Nacional, ni a la Academia Mexicana de la Lengua, ni se comprometieron a abrillantar el Premio Nacional de Lingüística y Literatura con el nombre de Ricardo Garibay”.

Pero los hombres se van, mueren —todos morimos, moriremos, esa es la única certeza que nos iguala, a la que no escapará nadie, ni los más poderosos, ni los más laureados, ni los más soberbios— y lo único que nos queda para escapar un poco del olvido, si algo se hizo bien durante el breve lapso de la existencia sobre la Tierra, es la obra. Por la obra será uno salvado y por la obra habremos de ser condenados.

Y lo que nos queda de Ricardo Garibay es su obra, una obra vasta, rotunda, con alturas y precipicios, desigual como es la propia vida, porque para Ricardo Garibay la vida sólo tenía sentido si podía escribir y escribirla.

En el sabroso prólogo de la antología de la obra de Ricardo Garibay que publicó la editorial Cal y Arena hace unos meses, Josefina Estrada cuenta que “en 1986, Garibay miraba con devoción los tomos empastados de Alfonso Reyes en su librero, mientras le comentaba a Rogelio Carvajal la ilusión de publicar su obra completa. El joven editor rechazó, categórico, la idea y le argumentó que las obras completas entierran en vida a los escritores”. Los entierran en vida... y en muerte, podríamos completar. En efecto, no hay peor ejemplo que el de Alfonso Reyes, que tan morosamente se dispuso a armar en vida sus obras completas. A no ser por los estu-

diosos académicos de su legado, el lector común se siente poco atraído por los tomazos empastados a todo lujo que acumulan polvo en los estantes de las bibliotecas.

En cambio, Rogelio Carvajal le propuso a Garibay publicar no sus “obras completas” sino sus “obras reunidas”, cuestión muy afortunada, pues en el caso del hidalguense, que publicó tanto, buena parte de sus libros eran y son prácticamente inconseguibles. Pero aun así, las obras reunidas de Garibay suman diez tomos, que sólo atesoramos en su totalidad los verdaderamente adictos a la intensidad de su prosa.

Había que empezar, entonces, el proceso inverso: “destripar” las obras reunidas y armar libros más manejables para el lector promedio, para dar a conocer a las nuevas generaciones a un autor imprescindible y de los más prolíficos del siglo XX, como bien lo califica Josefina Estrada, cuya antología ofrece una ceñida panorámica de la capacidad narrativa de Ricardo Garibay, lo que de ningún modo debió de haber sido tarea fácil. ¿Qué incluir, qué dejar fuera? Sólo alguien con conocimiento profundo de la obra del autor podría salir adelante del reto. Y Josefina Estrada lo logró, con creces.

Primero, decidió dividir el material en seis rubros: cuento, memoria, crónica, semblanza, diálogos y paraderos literarios. No incluyó muestras de novela y teatro porque consideró que los méritos de estos géneros están ampliamente representados en los anteriores y, además, se hubiera tenido que incluir una síntesis de las tramas para que el lector comprendiera el pasaje seleccionado. Esto deja abierta otra ventana de oportunidad editorial: publicar en un tomo las novelas cortas de Garibay, y en otro las obras de teatro, o una selección de ambos géneros; el chiste es que los escritos salgan de las catacumbas de los estantes y vuelvan a circular.

A pesar de la magnitud del volumen (más de 600 páginas, lo que podría atemorizar a algunos lectores), la lectura de los textos de Ricardo Garibay de ninguna manera es pesada ni tediosa. Ello se debe no sólo a la cuidadosa selección realizada —que incluye tanto lo representativo como lo eminentemente destacable y original—, sino sobre todo al vigor de la prosa garibayesca, sobre la que uno puede cabalgar gustoso y a buen ritmo, paladeando cada texto y cada apartado, hasta que se da uno cuenta de que ya lleva horas enteras ante estas páginas, de las mejores que haya escrito un hombre nacido en esta tierra mexicana.

IV. SE ESCRIBE COMO SE ES, DESDE EL TEMPERAMENTO Y EL CARÁCTER

Dos aspectos me llaman la atención al leer y releer muchos de los textos de Garibay en el orden que les dio Josefina Estrada.

Uno: en Garibay la frontera de los géneros es incierta y discutible. ¿Dónde acaba el cuento y empieza la crónica? ¿Cómo distinguir a estos del retrato y el ensayo? Para Garibay sólo parece existir un género: la prosa, y la forma literaria es algo tan arbitrario y maleable que debe rendirse ante la intencionalidad del escritor, quien nunca debe apartarse de su objetivo fundamental: conmover y maravillar al lector. No por nada —nos recuerda Josefina Estrada en el prólogo—, su amigo Rubén Bonifaz Nuño le dijo a Garibay cuando apareció la que muchos consideran su mejor obra, *Par de reyes*: “Ahora sí eres escritor”. Ricardo se sintió ofendido, porque él ya se sentía como tal desde joven, pero el poeta le aclaró: “Se es escritor cuando puedes escribir lo que quieras. Y tú ya escribes con verdadero dominio del lenguaje”. Menuda lección de humildad para alguien tan decididamente soberbio, de la que podrían aprender algunos bisoños aspirantes que se creen aves de presa cuando apenas picotean el cascarón.

Garibay es un autor que demuestra escribir con todo el lenguaje, que se ha apropiado de todo el idioma y, como le pertenece, lo utiliza a su antojo, pero no para hacer malabares o fuegos de artificio, sino para presentarnos a través de la magia de las palabras los dramas, las luces, las ilusiones, las fantasías, las desesperanzas y la podredumbre del ser humano.

El otro aspecto tiene que ver con la última sección del libro, la de los “Paraderos literarios”, que son sus ensayos y apuntes de lectura sobre libros, autores y géneros. La selección de estos textos hecha por Josefina Es-

trada vale en sí por todo un libro. En ellos Garibay nos explica cómo se llega a crear los excepcionales escritos narrativos que acabamos de leer. Verdaderas lecciones de preceptiva literaria. Nada más por eso la lectura de esta antología debería ser obligatoria para todo aquel que incursione o quiera incursionar en un trabajo relacionado con el lenguaje: escritores, periodistas, maestros, hasta políticos (si se atrevieran a leer aunque fuera un libro completo).

En “Estilo y literatura” nos desasna el maestro Garibay: “Se escribe como se es. O sea, se escribe desde el temperamento y el carácter. Un hombre suave, suavemente habrá de escribir; y lo contrario un hombre aristoso. Y tanto, que si algún huracanado escribe con ternura es que la tiene de alma, y el huracán, como mera fachada; y será más fácil conocerlo por su *estilo* que por su conducta o lo que jure de sí”.

“Así de simple o bobo o natural es el misterio aquel que tanto me trasegó en la juventud: *el estilo es el hombre*. Y lo sé cuando cada vez me importa menos tener un estilo y acaso cuando empiezo a tenerlo; es decir, cuando empiezo a ser de veras limitado, estrictamente lo que soy y sólo eso y nada más; cuando comienzo a morir”.

Esta es la paradoja de lo que ve el que vive y además lo escribe. Aspirar al estilo es empezar a morir y, sin embargo, todo el que escribe está condenado a él. Como ya se dijo, todos morimos, moriremos, nadie se salva... , salvo aquel que, como Ricardo Garibay, se atreva a arrancarle unos cuantos momentos de gloria al olvido, como lo hizo, lo sigue haciendo, con su rotunda obra. **U**



© Rogelio Cordero